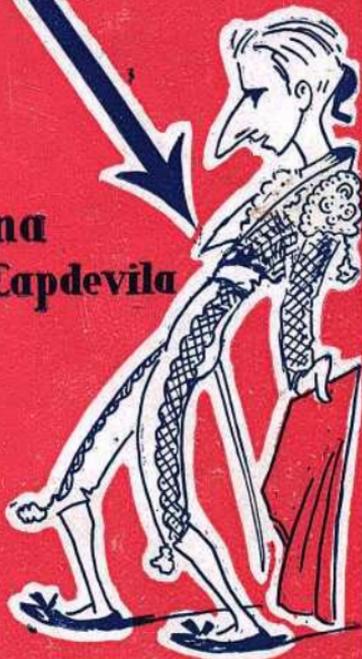




Precio 1 Pta.

Barrera
el iluso
que soñó
con la Gloria
por el Barón de
Yelag

Prólogo de M.G.Luna
Acolaciones de Luis Capdevila



498 + 1'

8

BARRERA, EL ILUSO QUE SOÑÓ
CON LA GLORIA

BEVERLY H. HARRIS QUE FUE
CON LA CIUDAD

A handwritten signature or scribble in dark ink, consisting of several loops and a long, sweeping tail that extends towards the bottom right of the page.

EL BARÓN DE YELAG

BARRERA,
EL ILUSO...
QUE SOÑÓ
CON
LA GLORIA

Prólogo de MODESTO G.^A LUNA

Acotaciones de LUIS CAPDEVILA

PROLOGO

**!Quite usted jierro...,
compare! =====**

Para el que tenga el temperamento nervioso, para el que sea activo, nada más aburrido que estos días de crudo invierno en que, aterido de frío, con las solapas hasta los ojos, busca refugio en cualquier café, donde poder matar la monotonía y crudeza del tiempo, dejando transcurrir las horas, que parecen siglos, hasta que la noche tiende su negro manto (que diría algún melenudo y desplumado poeta) y se encasqueta en el lecho, esperando que el sol del siguiente día, si quiere salir, lo vivifique con sus rayos.

Esto, que parece el principio de una novela cursi, es todo lo contrario. Sí, señor; y lo es, porque, precisamente de sol, luz, alegría, en una palabra, de la fiesta del pundonor y la dignidad, es de lo que he de tratar en el presente prólogo al libro de mi buen amigo el Barón de Yelag; libro que, después de leído y respetando la opinión que en él expone, en algunas de sus

PRÓLOGO

cosas, está un algo en desacuerdo con mi modesto opinar. Y hecho el paseo, entraré de lleno en el asunto, procurando salir airoso de mi cometido, ya que, si en algo, el para mí querido lector, discrepara, ha de tener en cuenta que pongo toda mi buena fe y la poca sapiencia que en estos menesteres poseo.

. , , ,
Como antes digo, buscando el modo de matar unas horas, muy crudas por cierto, entré, al azar, malhumorado, automáticamente, casi, en un café, bastante concurrido, y sentéme. Pedí café, que me fué servido cuando el camarero tuvo a bien hacerlo, y entre sorbo y sorbo escuché, el principio sin interés y más tarde con avidez, la siguiente discusión, que sostenían en una de las mesas inmediatas a la mía, varios aficionados a la castiza y nunca bien ponderada fiesta de toros.

—Te digo que sí. Que es lo mejor de lo mejor, y que no hay quien pueda con él.

¿De quién hablarán? — me pregunté.

Y otro de los contertulios siguió:

—¡Es que hay que ver cómo castiga! No se le puede negar que es el uno castigando.

—¡Bah! — pensé—; será de algún Tenorio de la última hornada, de esos que ponen los ojos en blanco, como las pescadillas, para hacer sufrir a las del sexo debilitado.

—¡Y que domina es indiscutible! — añadió un tercero.

M. G. LUNA

Asintieron los demás contertulios, con lo cual el susodicho, al ver acatada su opinión, se elevó más y más en su peroración laudatoria, y añadió:

—Nada; lo dije antes, y ahora lo sostengo: ¡Es el verdadero sustituto de Joselito... ¡Y en algunas cosas, más! ¡Esc es Barrera!

Al oír tal afirmación, al ver aquellos apasionamientos, levantéme, riendo a circajadas, llamé al garçon, le pagué, y salí a la calle riendo todavía, en el preciso momento que entraba mi amigo entrañable Luis Bellver, uno de los mejores aficionados que hay en Barcelona, el cual, al verme reír de aquel modo, me preguntó, con cara de espanto, reparando al mismo tiempo cómo me miraban los ocupantes de la mesa en que se había desarrollado la discusión.

—¿Qué te ocurre, que ríes con tantas ganas?

—¡Nada, hombre! Que allí, en aquellas mesas — y le señalé la en que la discusión se había sostenido — ya le han encontrado sustituto al maestro de los maestros: al gran Joselito.

—¿Y quién es ese gachó que reúne las condiciones suficientes para llegar a sustituirle, si yo no lo encuentro, ni con candil, por mucho que lo busco?

—Agárrate, amigo Luis! — le repliqué, y le dije un nombre al oído.

Rió con las mismas ganas que yo, y seguimos comentado la opinión de aquellos creadores de ídolos, que haciendo circular sus sentires a la muchedumbre

PRÓLOGO

que de tauromaquia está in albis, hacen esos pedestales de tan poca solidez y consistencia, que al menor soplo caen.

Por qué hice el prólogo

Hacía bastante tiempo que no veía a mi estimado y gran amigo el Barón de Yelag, y aquella noche, precisamente, encontréle.

Me invitó muy amable a tomar unas copas en unión de mi amigo Luis, obsequio que aceptamos, y ya en el terreno de las confidencias, me comunicó o nos comunicó que iba a publicar un libro titulado "El torero que soñó con la gloria" o sea Barrera, y que como tenía allí las cuartillas, nos las leería para que le dijéramos nuestra opinión sincera al respecto, y si iba o no equivocado en sus juicios.

Asentimos, y entre vaso y vaso, nos leyó hasta la última cuartilla de su libro, el cual juzgamos interesante para la afición, aunque yo, que conozco sus *ideas* con respecto al referido torero, lo acogí con cierta reserva.

Al terminar la lectura, dirigióse a mí, diciéndome:

—Con toda sinceridad, dígame usted; ¿estoy equivocado en mis apreciaciones?

M. G. LUNA

—Hombre... — le contesté —; en algunas cosas..., pero en otras, en cambio, discrepo de usted.

—No me ha guiado—continuó—ningún mezquino interés al escribirlo, sino mi cada vez más desmedida afición a la brava fiesta de toros, y con el solo objeto de hacer caer la venda a los que, o están miopes o no han visto toros. ¿Estoy en lo cierto?

—En parte, le vuelvo a decir, no discrepo; pero... querido barón, hay cosas con las que no estoy conforme. No lo tome a mal; pero yo, en mis respuestas me gusta ser muy claro.

—Eso me alegra—me repuso—. Y para que usted se percate de mi imparcialidad, le voy a pedir un favor, delante del amigo, que espero no ha de negarme.

—Si está en mi mano—le contesté—, cuente con ello, Y de golpe y porrazo me espetó:

—Hágame usted el prólogo.

Una bomba que hubiera caído a mis pies no me hubiera causado tanta impresión como la petición del señor barón, que en aquel momento dejó de ser mi interlocutor y amigo, seconvirtió en mi verdugo.

Y así, a sus repetidas instancias y a las del amigo presente, acepté el “encarguito” pero con la condición de que lo haría con arreglo a mi pensar y discrepando y haciéndolo constar, en lo que a mi juicio discrepar debiera.

Leído el libro de nuevo por mí, mejor dicho el original del mismo, me “decido” a exponer, en este muy conciso prólogo, con lo que estoy de acuerdo y con lo

PRÓLOGO

que discrepo, pues siempre he querido ser reflejo de mí mismo, siendo enemigo de seguir la ruta que otro trace, por muy amigo que sea, si está en desacuerdo con el pensar mío.

Allá va, pues, y si estoy equivocado, discúlpeme y perdónenme los aficionados que me leyeren, respetando este "atrevimiento" de prologar el libro de firma tan discutida, valiéndome en ello la insistencia del interesado para que lo hiciera.

.....

En lo que discrepo, querido barón, con usted, allá va, y no se ofenda por ello:

Barrera no es, ni por soñación, el sustituto de aquel malogrado y gran maestro, GENIO DEL TOREO, que se llamó JOSELITO (y conste que yo siempre fui y soy belmontista). Pero en Barrera, permítame usted la frase, HAY MUCHA MADERA. Barrera puede llegar a ser ALGO, MUY ALGO, con los... TOROS, si cuando toree TOROS hace lo que yo le he visto que ha hecho con lo que HA LIDIADO... en vez de TOROS. Si Barrera CON TOROS hace lo que ahora hace con NO TOROS, con la muleta, es indudable que entonces será DOMINADOR. Ahora, querido barón, domina, sí, pero A UN NO ENEMIGO. Cuando sea CON UN SI ENEMIGO, entonces se podrá parangonar SU ARTE, EN ALGO,

M. G. LUNA

EN BASTANTE, con el otro, con el MAESTRO. Pero, ahora, no, no y no. ¡Ni que lo sueñe...!

Para mí, Barrera, sabe torear, sabe muletear, y... SABE MUCHO de lidia. En cambio sabe poco o casi nada de TOROS precisamente porque no los ha PROBADO. Si el día que los pruebe hace lo que ahora hace, Barrera será "Barrera". Ahora... según mi humilde opinión, es... sólo MADERA de Barrera. Hoy el arte lo exhibe DENTRO DE SU APELLIDO. Y para terminar, voy a hacer un parangón con lo que ocurre a Barrera, asimilándolo al sucedido del gitano:

... ..

—Compare de mi arma: me parece que lleva usted un bichillo argo sospechoso por la camisa...

—¿Qué dice usted? ¡Será una casolía; porque precisamente mi mujé eso es lo mejó que tiene: que es la mar de limpia y de aseá...

—Yo no se lo niego a usted, compare; ¡Dios me libre de decir que la comare...; pero ahora que reparo..., ¿será posible? Por el cuello me parece que le va otro bichillo.

—Le juro, compare, que es una verdadera casualidad... una desaborición... me parece jasta mentira..., es una casolía...

—Compare, échese usted pa un lao, que le acabo de ve, por medio de la pechera, otros dos bichitos de los que a mí se me han hecho algo sospechosos.

PROLOGO

—Por la salucita de mi mare compare de mis entretelas, que es una verdadera casoliá, una casoliá de las mayores, una gran casoliá...

—Pues mire usté, comparito de mi corazón, apártese por favó de mi vera, porque... lleva usté toa la camisa llena de casolidades...

Y a Barrera le ocurre lo propio.

Barrera sabe torear. Pero da la casoliá que cuando lo hace, es con todas las ventajas posibles, dándole el "mantazo" al animal en el embite cuando ve que puede haber compromiso.

Barrera, sabe estar en la plaza. Pero da la casoliá que los nervios pueden más que él, y no para lo que debiera saltando continuamente...

Barrera sabe banderillear, pero da la casoliá de que, cuando la hace, al llegar al toro y meter los brazos, los lleva a prevención de antemano juntos, ventaja que el público muchas veces no ve, y con la cual los palos no pueden quedar desigualados.

Barrera sabe hacer quites. Pero da la casoliá de que, si el toro es nervioso, lo llama a distancia y no en el terreno en que debiera llamarlo, dándose el caso de que el animal vuelva al piquero (cosa que aquí le hemos visto varias veces) estando expuesto a un verdadero desaguisado el pobre varilarguero.

Barrera sabe torear de muleta. Pero da la casoliá de que, en cuanto un toro es codicioso y se revuelve, no es Barrera quien torea, sino el toro a él, y esto he teni-

M. G. LUNA

do ocasión de comprobarlo en esos continuos saltitos con que ameniza su muleteo.

Barrera... Bueno, de matar no hablemos, porque va a la Plaza dispuesto a acatar el QUINTO MANDAMIENTO: No matarás; y, claro, no mata.

En una palabra; Barrera es un torero que tiene, al igual que el gitano, toda la camisa llena de casualidades.

Y para finalizar, expuesto queda lo que yo opino, por mi cuenta y riesgo, que se puede esperar de Barrera, si como antes digo, hace lo que ahora hace, pero con TOROS.

BARRERA PUEDE SER LA PRIMERA FIGURA EN EL TOREO, porque:

Es joven, sabe torear, sabe banderillar, sabe muletear (esto último más que nada).

Ya ve usted, querido barón, cómo discrepo de sus apreciaciones. Y discrepo, porque reuniendo todas las condiciones que apunto, si EL QUIERE, poniendo el LAO IZQUIERDO un poquito, se puede llegar a la cúspide.

Ahora bien; con respecto a que en la actualidad es el sustituto de Joselito, repito de nuevo lo que digo al principio:

¡QUITE USTE JIERRO, COMPARE!

Expuesta queda mi opinión. Tú, lector, al que todo el que escribe se debe, juzgarás si es acertada o estoy equivocado. Si equivocado estuviera y yo llegara a con-

PROLOGO

vencirme de lo erróneo de mis apreciaciones al respecto, ten la seguridad de que rectificaría, ya que el rectificar es de sabios y yo soy en estos menesteres un átomo al lado del público, supremo juez. En fin, a tu elección lo dejo, ya que tú eres el que mandas.

A handwritten signature in black ink, reading "Augusto Lima". The signature is written in a cursive, flowing style with a large, sweeping flourish at the end.

El lector y yo

Lector y aficionado:

Este es el primer libro que escribo de toros. En él he puesto un cariño inmenso; tanto como el que pueda sentir una hembra en el sublime momento en que aprieta contra sus pechos, dulcemente preñados por la maternidad, al hijo de sus entrañas. Para ti lo he escrito y a ti te lo brindo, con el corazón arrodillado, pidiéndote, no que lo quieras tanto como yo, que soy su padre espiritual, per osí quee le concedas un modesto huequecito en la capilla de tus simpatías; que cicatrices sus muchas faltas con el bálsamo de tu inteligencia y le des a mis palabras el calor y el alto significado que requieren, si es que yo no he sido capaz de hacerlo.

En mi modesta ofrenda no podrás apreciar, ciertamente, nada que valga la pena, literariamente hablando; pues, aparte mi insuficiencia para ello, siento sobre mí, en este instante, la honda y natural preocupación que pesa sobre todo el que por vez primera somete su opinión, pensar o criterio, al fallo del público. Por eso no puedo hacer otra cosa que nimbarla con los dorados reflejos de mis humildades y si, a medida que vayas consumiendo su lectura, tropezaras

BARRERA, EL ILUSO...

con alguna frase ligera, demasiado cargada de sal y pimienta y que, portanto, no sonara en tus oídos con la suavidad y el temple que yo quisiera, nunca lo atribuyas al deseo innoble de herir ajenos sentimientos, sino sólo y exclusivamente al estilo del escritor o al denodado empeño que el mismo pone para lograr que, entre tú y él, exista una asociación de idealismo, cuya resultante sea, hacer volver en sí a un pobre muchacho, que abrumado por la grandeza de su espíritu y apoyado en la inconsciencia de un número mayor o menor de aficionados, osó poco menos que profanar el arte y el nombre de un maestro, cuya estela de triunfo, cuyo sólo recuerdo, hace que las fibras del espectador se tensionen, al parangonar, sólo mentalmente, al UNO y al OTRO, y ver la enorme distancia similar que hay de ESTE a AQUEL, ya que ESTE no es ESTE y AQUEL ERA, ES y SERA SIEMPRE AQUEL.

Esto únicamente es lo que me propongo llevar a tu convencimiento, querido lector y aficionado; pero, antes de esgrimir la lógica de mis razonamientos—si es que me admities la frase—perdonarás te deje solo un instante, mientras saludo al TORERO QUE SOÑO CON LA GLORIA.

Sr. D. Vicente Barrera:

Mi estimado amigo: Recuerdo que un día, y en el "Café Martí", de tu amada y para mí muy querida Valencia, esa tierra que fué cuna de tus sueños y testigo de tus quimeras, un amigo nuestro, cuyo nombre omito, tuvo la gentileza de ponernos frente a frente. ¿Te acuerdas? Tú, presuroso, me ofreciste tu mano, que yo estreché con sincero afecto, celebrando infinitamente el descubrimiento de un nuevo amigo. A continuación, y tras rubricar con palabras sinceras una amistad franca, leal y desinteresada, los tres tomamos asiento. Nuestra conversación, que se inició muy al margen de los asuntos de toros, adquirió en seguida un cariz marcadamente taurino. Tú llevabas el volante de la conversación, sin que apenas nosotros nos atreviésemos a intervenir en ella. ¡Cualquiera osaba interrumpirte con tus humos de *maestro*!

Recuerdo perfectamente muchas de las "cosas" que dijiste. ¡Hablaste tanto, amigo Vicente, que bien pudiera echarte el "toro" encima trayendo ahora al papel todas aquellas vaciedades! ¡¡Qué bien toreabas allí!! ¡Con qué guapeza juntabas los pies y cómo esperabas, quieto como una estatua, la arrancada impetuosa de la fiera hasta que ésta entraba en los dominios de tu mágico capotillo, de los cuales pliegues la

BARRERA, EL ILUSO...

sacabas finamente, estoicamente, pausadamente, delicadamente...!!, con ese arte *tan tuyo*. ¡Buena tarde de toros nos diste! Aun paréceme estar viendo, cómo de las mesas inmediatas a la nuestra—que semejaban tendidos—se levantaban los parroquianos y pedían la oreja con el enardecimiento del entusiasmo.

Yo, que al fin y al cabo (o al cabo y al fin)—como quieras—no era sino un espectador más, también quise, en mi *enardecimiento*, exteriorizar de algún modo mi *admiración*, y recuerdo asimismo que, al tiempo que afianzábamos la amistad que ambos nos brindamos, te dije: “¡Tú eres un torero, Vicente!” Ahora bien, que tú cogistes la frase y la pusiste al rojo vivo de tus ilusiones, dándole una importancia que yo—me lo puedes creer—sólo en sentido jocoso podía otorgar.

En tus delirios, en tus sueños, creíste... pensaste... te consideraste grande...; y como el despertar hubiera sido muy amargo, te dejé en tus delirios que siguieras soñando... Después, te miré con un algo de conmiseración, y pensé—no sin razón, dada la situación en que te hallabas—que eras un buen chico. Como a tal te juzgo; pero—entiéndelo bien—solamente en lo que respecta al amigo. Con respecto al artista, con respecto al torero, te vuelve a dejar sumido en tus delirios somnolientos, tu buen amigo que te abraza (¡ojo, linotipista: abraza con z!).

JOSE GALEY

Y ahora, cumplido el deber de cortesía que no era noble eludir, vuelvo a reanudar la conversación contigo, amable lector.

Pero, para que podamos entendernos bien, es necesario me permitas, aunque sólo sea espiritualmente, aproximarme a ti. Quiero, en un arranque de franca sinceridad, internarme en las frondosidades de tu alma; quiero penetrar en los rojos prados de tu corazón, únicos parajes donde podré saturarme de la intimidad que se precisa para que podamos hablar como buenos camaradas. Vamos a comenzar, pues, y deja sea yo quien inicie la charla.

Andalucía... em- : porio de Arte :

No te extrañarás si te digo que Andalucía es el crisol donde se funden los grandes genios. Yo no sé qué mágico atractivo entrañan los hijos de ese hermoso rincón de España, que sobre los de otras regiones acusan una personalidad de ingenio tan extraordinaria, un carácter tan especial, tan suyo, que en seguida se adueñan de la admiración y simpatía de propios y extraños. Tampoco sé dónde pueda tener su asiento y trono esta cualidad andaluza, con su portentosa manifestación de arte; aunque debe haber algo muy en lo hondo, algo que no se ve, aunque flota en el ambiente, bajo aquel cielo bendito. Algo hay, indudablemente,

BARRERA, EL ILUSO...

y quién sabe si en lo más principal del alma, que haga salir a la superficie, con sus galas perennes y la fragancia de las azucenas, esos destellos de arte que ciegan con sus luminosos rayos y van adquiriendo, poco a poco, la luz, el color, el ritmo...

Yo no quisiera—y lo lamentaría infinitamente—que estas palabras dejaran en el lector el más leve indicio de agravio, ni el más insignificante dejo de reproche hacia otras regiones, que para mí valen otros tantos imperios; pero es forzoso reconocer que, la Tierra de María Santísima, la Capital Artística de España, es la que da al mundo más cantidad de héroes, positivas eminencias que constituyeron y constituyen un blasón de gloria en los varios aspectos del arte, desde la literatura (que es tanto como nombrar a Alfonso el Sabio, autor de “Las Siete Partidas” y conquistador de Sevilla, la *emperaora* del Guadalquivir); esto sin nombrar a Cánovas del Castillo ni a don Emilio Castelar; este último reconocido por el mundo entero, no sólo como el tribuno más formidable, sí que también como el cerebro más privilegiado; tanto, que el insigne Jaurés, al comunicársele la noticia de su fallecimiento, levantó la Cámara en señal de duelo, pronunciando las frases de *En paz descansen el cerebro más grande del mundo*.

Si tratamos de Pintura, pronto acudirán a nuestra mente los nombres de don José Villegas, padre de la Pintura contemporánea, quien, sin aureola alguna,

llegó a Roma y consiguió nada menos que el primer premio en la Exposición Internacional, por su cuadro titulado "Una procesión en Roma". Tampoco hablaré de Arquitectura, porque entonces habría de citar muchos nombres que honran las páginas de la Historia, y algún otro que, a pesar de una gran modestia, como ocurre con don Aníbal González, autor de esa obra monstruo que muy pronto podrán admirar los ojos de los extranjeros y que se llama Plaza de España, magnífica diadema que luce con simpático orgullo la sin igual Sevilla, esa tierra rutilante y alegre, cuna de Bécquer, suelo bendito, donde en una palabra, nacen los hombres que sienten, imaginan y piensan alumbrados por esos rayos vivificadores de que antes hago mención.

Y, siendo así, que Andalucía es el Alcázar del Ingenio, ¿por qué extrañarse, pues, de que también en otro arte, en el arte del toreo, sea la matriz que da al mundo los más bravos artistas y consumados lidiadores? Muchos nombres cruzan por mi mente, tantos, que casi me considero incapaz de mostrártelos por orden de categorías; pero, a fin de demostrarte la valía de los mismos, te recordaré algunos que, por su fama, viven aún en la memoria del aficionado.

Empezaré por José Carmona "Gordito", que fué el inventor de la mayoría de las suertes del toreo; José Clarós "Pepete", un dechado de valor, no exento de arte; José Gómez Ortega "JOSELITO", último de

BARRERA, EL ILUSO...

los Josés, sin substituto hasta la fecha y a quien yo, en este momento, quiero ofrendar un tributo de admiración y respeto a su memoria; un homenaje modesto, insignificante, pero que arranque del alma y, a semejanza de una corona de rosas, vaya a parar hasta la tumba que guarda sus restos, los restos del profeta del arte...

¡Sí; quiero esta ofrenda, este tributo, este deber— más que deber obligación del verdadero aficionado—, porque, aunque al inanimado cuerpo que un día enloqueció a las multitudes lo cubra la fría losa que todo lo hace olvidar, la que encierra grandezas y lozanías, en JOSE, en el verdadero, primero Mesías y después Profeta del excelso Arte, se encerraron cualidades, aptitudes, ciencia y dominio tal, que aun después de desaparecida su figura, perdura, latente, alentadora, en la mente de todos los que sienten los aleteos del Arte taurómico. Y lo quiero, porque, aunque llegara un substituto—hasta hoy ni asomos de ello—, la figura, el recuerdo de él, debe vivir latente en la mente de los espectadores de la brava fiesta. Por eso, asóciate a mi deseo, lector, si eres aficionado y sientes arrebatos por nuestra hermosa fiesta. Y ya que no seamos capaces de estrangular unas lágrimas a la memoria del inolvidable maestro, acompáñame a guardar un minuto de silencio, suspendiendo la lectura de este libro.

.....

Grandes figuras
: : del toreo : :

Ahora voy a hacer desfilas ante ti algunos toreros de la dinastía de los Manueles, en la cual, los unos por su extremado valor, rayano en la temeridad y los otros por su arte, fueron verdaderos ídolos de los públicos, en una época en que, exponiendo mucho, había muy poco provecho. Te recordaré a Manuel Domínguez "Desperdicios", por quien se hizo la frase de: "No es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano".

Fué en la Maestranza de Sevilla, en esa placita tan taurina, de estructura alegre y simpática, donde un toro le dió un pitonazo en un ojo, vaciándose. Al acudir los de la cuadrilla y preguntarle: "¡Qué es eso, Manué!", respondió, al tiempo que guardaba en el bolsillo de la chaquetilla el ojo que llevaba envuelto en el pañolillo: "¡¡No es ná!!" Y continuó la faena con entereza de ánimo inexplicable, hasta que se des-

BARRERA, EL ILUSO...

hizo su enemigo. Hazañas parecidas a ésta podría contarte muchas, pero desisto de ello por no restar demasiado espacio a la finalidad de este libro.

Otro Manuel, que también merecería capítulo aparte, es Manuel García "Espartero"; también andaluz, también bravo hasta lo inconcebible y que, al igual que el otro, llevó a los Anales de la Tauromaquia la frase de: "El toro que me mate a mí, lo mataré yo a él".

Y así fué, en efecto. En la Plaza de Toros de Madrid, el día 27 de mayo de 1894, un toro de Miura, llamado "Perdigón", le produjo dos cornadas: una en la ingle y otra en el vientre, al propio tiempo que el estoque atravesaba el corazón de aquel mal nacido "pajarraco". Al ir a la enfermería, casi moribundo, aun tuvo arrestos para volver la cabeza y cerciorarse de si su enemigo había muerto.

Esto, con respecto a los toreros MACHOS que sabían de antemano que el arte del toreo era sólo propio de hombres de corazón y no de equilibristas y saltimbanquis, como ocurre ahora con la mayoría de los astros coletudos. De toreros artistas y también andaluces, haría interminable esta mi descripción, empezando por Antonio Fuentes, modelo de finura, y aproximándonos a los de nuestra época, citaré a Manuel Mejías "Bienvenida", "El Papa Negro", valiente y artista; Manuel Jiménez "Chicuelo", emporio de gracia torera, que en la actualidad hace estremecer de entusiasmo a las multitudes con las donosuras de su arte

soberano, y el único capaz de ocupar la regencia taurina. Ahora quedan los tres Rafaelés, que eran tres formidables puntales de la Fiesta: "Lagartijo", "Guerrita" y "Machaquito", los cuales fueron la representación genuina de la maestría, el arte y el valor.

Y es que antes, la popularidad, conquistada a prueba de valor y hombría, era mucho más apreciada que los honorarios que percibían. Tenían en más estima la gloria y la fama que los BILLETES DE BANCO, y, por tanto, dábanle más importancia también al resultado de sus actuaciones, al logro del triunfo, que al número de las mismas.

Por eso hoy... ¡con cuánta razón nos indignamos cuando nos hallamos en la Plaza ante estos toreros tan... "conservadores"; tan conservadores del *tipo* y de la *línea*, y a quienes, mucho mejor que el vistoso traje de alamares, encajaría el clásico vestido de bolera.

**Tiempos que pa-
saron para no
: : volver : :**

¡Qué tiempos aquéllos! ¡Quién pudiera remontarse para tenerlos ante sí! ¡¡Joselito!!... ¡¡Belmonte!! ¡Casi nada; diez años de éxitos justos; diez años triunfales; diez años de aclamaciones incesantes; de gloriosa apoteosis. ¡Diez años, sí, en que estos dos colosos, estos dos TOREROS—así con mayúsculas—cautivaron, no sólo a los españoles, sino también a los extranjeros, que asomados por encima de sus fronteras, cual si fueran palcos de nuestros cosos taurinos, querían extasiarse también contemplando y admirando a aquellos dos Hérculos del Toreo, en los que el Arte y la Sabiduría sentaron sus reales para solaz de propios y extraños y sostén glorioso de nuestra sin par y brava fiesta. ¿Dónde hallar la pareja que substituya a

estas dos excelsas figuras de la Fiesta Nacional? Ni cábalas, ni pronósticos, nada... ¡¡José!! ¡¡Juan!! Sois insustituíbles; y lo sois, porque el arte propio, el valor propio, los que *lo crean y lo tienen*, como ocurre con estos dos colosos de la Tauromaquia, se lo llevan a la tumba, dejando, en vez de sustituto, el recuerdo de su grandeza incomparable y, por ende, incopiable, para estímulo de los que a ellos les sigan. ¡Ojalá destacara, para bien de la hermosa fiesta, ALGUNO que pudiera asemejárseles! ¿Quién? ¡Hasta hoy, NADIE!

Y todavía hay toreros que, con una sangre fría que aterra, con un cinismo inconcebible, se jactan diciendo: “¡Es que hoy se torea mejor que antes!” “¡Es que hoy hay que arrimarse más; es que hoy...! Pero no dicen: “¡Es que antes se torebaban TOROS y no becerros; es que antes los toreros cobraban un puñado miserable de calderilla y hoy nos llenamos las manos de BILLETES DE BANCO a costa del paciente público, que paga las localidades a precios fabulosos”; eso..., eso no lo dicen.

Y es que hoy...—agrego yo—, a ciertos diestros, a más de sobrarles el egoísmo, tienen también en demasía una vanidad que raya en lo grotesco, faltándoles, en cambio, lo esencial, que es el valor, el mérito propio para sostenerse, dentro de su profesión, sobre el nivel que soñaron.

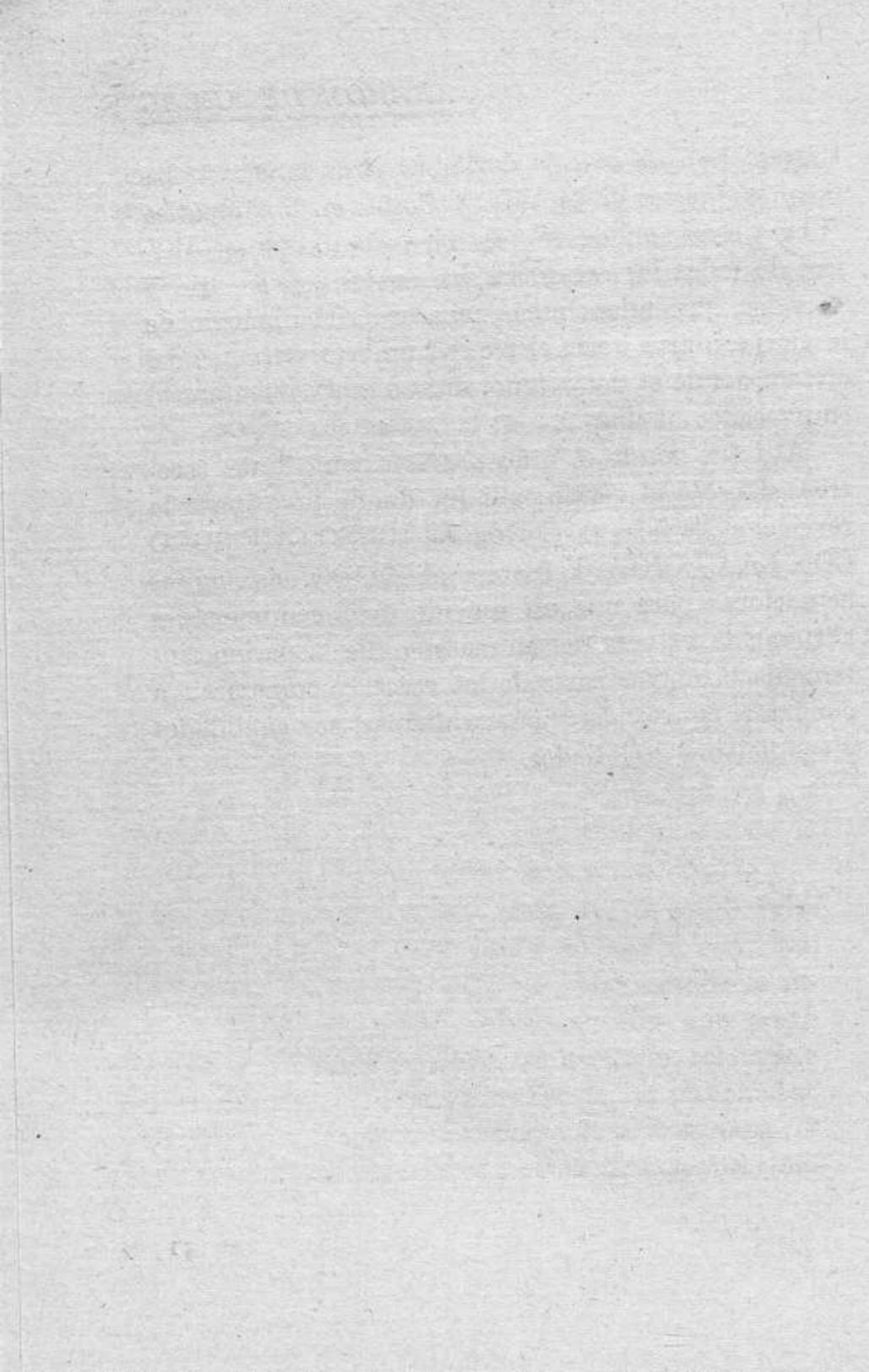
BARRERA, EL ILUSO QUE SOÑO CON LA GLORIA, ha venido a demostrarnos palmariamente,

que la vanidad no tiene límites; que el orgullo no retrocede ante nada ni ante nadie; que el escrúpulo, en esta época en que todo es pura ficción, es un dique absurdo que debe romperse para dar paso a todas las pasiones, cualquiera que sea la naturaleza de las mismas; a todos los deseos, por impuros que sean, y a todos los sentimientos por ruines que parezcan.

El muchacho sintió en el frenesí de sus sueños una voz que le dijo: "Tú serás *algo*"; y cuando despertó, lejos de meditar y cerciorarse de si aquellas palabras que en ondas invisibles halagaban sus oídos salían del corazón o del antro de su terrible pesadilla, se miró a sí mismo y pensó: ¡Sí; yo he de ser *algo*...; yo seré un coloso; un JOSELITO! Y un día... un trueno lejano y creciente anunció la tempestad. El pueblo taurino irguióse en un gesto, mezcla de sorpresa y desconfianza y se asomó al balcón de la curiosidad para saber qué ocurría. Abrió los ojos; irradiáronse sus pupilas potentemente, como queriendo descubrir el motivo fundamental de aquel extraño estampido y... no vió nada; absolutamente nada. Ni las nubes velaron el sol ni el ambiente perdió su alegre tenuidad. Todo parecía haber sido artificial. Mas cuando la indiferencia iba haciendo olvidar aquéllo que creyó anuncio de algo sorprendente, un nuevo y prolongado sonido absorbió otra vez el interés de los aficionados. ¿Qué pasaba...? ¿Qué acontecimiento se avecinaba...? Y al fin nuestra curiosidad recibió una explicación.

Barrera habíase vestido de torero para actuar en las mismas puertas de la Villa y Corte: en la simpática "Chata carabanchelera"; esa plaza donde tantos diestros de todas las categorías bracearon con su arte y su valor, abriéndose paso, unos hacia el pináculo de la gloria y otros hacia el plantel umbrío y trágico del olvido, donde el dolor ignominioso espera siempre al equivocado; al iluso...

Allí fué donde el niño *prodigio*, ante unos becerros, alborotó al gentío; allí fué donde tuvo lugar la revelación, la falsa revelación del ILUSO QUE SOÑO CON LA GLORIA. Y fueron suficientes unas cuantas actuaciones para que un puñado de incondicionales abrieran la válvula del entusiasmo, de la pasión (interesada la mayor parte de las veces) y empezaran a ponderar, con exageraciones ridículas, sus cualidades y condiciones de lidiador.



**Los heraldos a
sueldo. Las trom-
petas de la fama**

Allí sonó, al fin, la ambicionada caracola de sus sueños dorados; de allí partió el primer trompetazo de la fama, que repercutió, primero en Valencia, en ese magnífico plantel levantino, vergel florido donde el sol viene a ser tan rojo como el de Andalucía; donde también la Primavera sonríe eternamente y los alelíos y las azucenas florecen durante todas las épocas del año; hasta allí llegó su eco y de allí salieron los primeros gritos de: “¡Ya tenemos maestro!” “¡Ya está aquí el sustituto de JOSE!” “¡Hurra al nuevo Mesías!” Y mientras las trompetas portadoras del falso mérito seguían clarineando hacia los cuatro horizontes, los verdaderos aficionados no descompusieron su primer gesto y permanecieron en actitud de expectativa, de des-

BARRERA, EL ILUSO...

confianza más bien, como dispuestos a repeler una ofensa, un ultraje. Y como todo esto sucedía en los postreros estertores de la temporada de 1926, quisieron esperar que la nueva Primavera diera sus primeros latidos; que las Plazas de Toros abrieran sus puertas y nos presentaran al moderno *Joselito* para elevarlo, si era digno de ello, o para hundirlo en la tenebrosa mansión de los fracasados de la vida. El tiempo, que es el que va dando paso a la realidad, nos presentará al artista tal y como es, y entonces será oportuno aquilatar sus tan, por un sector, discutidas cualidades como lidiador.

Torres y Barrera, los eternos
rivales, frente a frente

**Ilusión perdida.
Ensueños de pri-
: : mavera : :**

Y latió la Primavera... Las primeras flores rompieron sus capullos y abriéronse de par en par las puertas de los cosos, con gran regocijo de los aficionados, que ansiaban conocer "aquellas" portentosas dotes de inteligencia, de dominio y "aquel" excelente arte que a voz en grito pregonaban los heraldos a sueldo.

Las empresas se disputaban el contrato del artista con los ojos puestos en el éxito de la taquilla, y rara era la tarde que no nos servían, como plato fuerte y de exquisito paladar, un cartel a base de Barrera.

Barcelona fué una de las Plazas en que las actuaciones del niño prodigio eran casi consecutivas. Y junto a él, formando "pendant", Enrique Torres, el otro valenciano en quien también un gran sector de opinión tenía esperanzas de una futura gloria taurina. Barrera

BARRERA, EL ILUSO...

y Torres, los eternos rivales, disputábanse con encono una y otra tarde el supremo galardón del triunfo.

La legión de barreristas, a decir verdad, era por entonces más numerosa que la de torreristas, a pesar de que a éste lo veía más hecho; más completo en todos los tercios de la lidia; más artista, en una palabra; pero... en el otro, en Barrera, creían ver una *incógnita*; dentro de aquel muchacho se figuraban que habría—yo no sé—diez o doce “Esparteros”; veinte o treinta “Guerritas”; cuarenta y nueve JOSELITOS. Y mientras el becerro era su enemigo, lució algo, muy poco, el arte del chaval, consiguiendo, sin embargo, con ayuda de una propaganda escandalosa, retener en una parte de afición—esa afición ígnara que ni ve, ni oye ni entiende—, la absurda creencia de que *Joselito* estaba dentro de él.

El falso mesías

El ídolo de cartón

**El supremo arte
de Joselito y la
falsa aureola del
iluso... Barrera.**

Los aficionados que saben ver toros, no sólo pronosticaron en contra, sino que hasta llegaron a tomar a chunga al *dominador*, ya que no valía la pena contraer el gesto en un arrebato de indignación.

¿Qué idea tendrían esos alucinados—los pregoneiros a sueldo—de la distancia que hay del Sol a la Tierra al comparar a este iluso con aquel gigante del Arte taurino?

Porque JOSELITO nació al Arte hecho un maestro, y como tal se mantuvo hasta que murió. JOSELITO toreaba unas cien corridas de toros, muchas de ellas como único matador, y cada actuación suya era una página más que honraba la historia de la Tauromaquia. JOSELITO no aguardaba, como tabla

de salvación, la presencia del toro manso para conseguir el triunfo, aunque tenía una rara maestría, algo que era privativo de él y de esa clase de toros sacaba un partido que todos admiraban. Consentía primero con sobrado valor al manso animal, y sabiamente le hacía aceptar su mágica muleta hasta convertirlo en un toro bravo, y en cada pase sacaba la flámula por la penca del rabo, haciendo derroche de filigranas y de valor. Digo que no necesitaba el toro manso para sostener su fama y su nombre, porque al toro bravo, al toro de lidia, con el temperamento debido, lo aguantaba valientemente y artísticamente lo toreaba. Para él no había terrenos vedados en la Plaza y metíase, con agallas y con inteligencia, en los dominios de su enemigo.

Por algo era JOSELITO y por algo se le denominó "Papa de la Tauromaquia".

El no era un precursor de nadie y sí un creador, un genio, para quien no existía secreto alguno en ninguna fase de la lidia.

¿Matador de toros? No.

Becerrista de alternativa, sí.

Oid, aficionados...

Cómo yo juzgo a este "dominador"

Ahora, apreciemos serenamente la valía artística del ILUSO QUE SOÑO CON LA GLORIA. Afinad el oído, aficionados, que con la paciencia de Job esperabais que la voz de la realidad os dijera si el ídolo valenciano era oro de ley o simplemente un muñeco de latón dorado. Aproximad la "oreja" vosotros los que, aconsejados, no ciertamente por la conciencia, sino por el estómago, cantabais las glorias no nacidas de vuestro... "protector"... escuchad atentamente y abrid los ojos, porque vais a ver ahora mismo a Barrerita lidiar dos toros, como él los lidia; como yo he visto que los

ha lidiado en la mayor parte de las corridas; pues, lo creas o no, este criterio mío no viene a satisfacer ningún deseo de animosidad contra él; no; esta síntesis que hago de su arte tiene su origen en el resultado de un número considerable de corridas durante la pasada temporada de 1928, en la que me permití el lujo o el capricho de encontrarme en las ferias más importantes de España y presenciar infinidad de corridas de toros y becerros. He dicho becerros porque aun no he podido ver a este torero ante un toro que dé la sensación del peso y la edad reglamentaria. Pero, aun así, Barrera, en el primer tercio de la lidia, y ante un becerro bravo, no ha logrado nunca destacarse con un sello personal y extraordinario, como no haya sido de un modo grotesco. El "dominador" no ha hecho acto de presencia cuando su enemigo ha revelado siquiera un adarme de temperamento. Observad cómo, con esta clase de ganado, que es el que exige conjuntamente dominio y valor, el *sobrino* de su *tío* carece de decisión y deja que los subalternos, esos dos formidables peones que todos conocéis y que equivalen a dos grandes *mata-dores de toros*, se hartan de torear a dos manos—contra lo que ordena el Reglamento—, a fin de restar al animal toda su pujanza. Fijarse cuando por los toriles asome uno bravo, cómo esos dos peones no dan lugar a que el toro baje a su sitio y salen a su encuentro para evitar que el astado coja su natural querencia y se encuentre con el *mataor*. Primero lo torear

ellos a "placer", lo recortan una vez y otra vez, y tras de mil capotazos que causan al animal más tortura que el propio estoque, entonces, sin fuerzas, casi muerto, llega a poder del *dominador*. ¿No resulta algo extraño que este torero, al contrario de los demás, prefiera el toro manso al bravo? ¿Qué sería de la FIESTA BRAVA si la "escuela" Barrerista tuviese discípulos? Aunque parezca más paradógico aun, aunque suene en contrasentido, habríamos de denominarla la FIESTA MANSA, y... ¡vamos, eso sería el caos!

¡Olé! los “valientes”

**La voz de la vanidad. ¿Es así como toreaba Jose-
lito...? : :**

Del segundo tercio de la lidia no hablemos; será mejor. ¿O queréis decirme que Vicente con los garapulos en la mano es la viva encarnación de *Jose-lito*?... No creo que vuestra ciega pasión os lleve a parangonarlo con AQUÉL ni bajo la más absurda hipótesis. AQUÉL era un portento como rehiletero, mientras que éste es, no una vulgar medianía, sino una calamidad absoluta. Fijarse también cómo durante la faena de muleta los peones se sitúan próximos al becerro y, mientras Vicente simula “arreglar” la muleta, ellos meten el capote, ahora uno, luego el otro,

y tras unas vueltecitas que desconciertan y marean al animal, el jefe torna a meter el pico de la muleta, demanda sus nervios para dar la sensación de dominio, y aquí es cuando se permite algún que otro desplante, alguna que otra pirueta... Fijarse cómo en el preciso momento de *entrar* a "matar" nunca falta uno que tire un capotazo por el pitón contrario de la res, para que el maestro pueda salir del apuro fácilmente y sin peligro alguno. Este es Barrtha, el sucesor de... ¿de quién? cuando se halla en la plaza y ante ganado que, por su bravura, pide un torero artista y valiente; un torero macho...

En cambio, cuando se las entiende con un becerro manso, con un becerro cobarde, entonces se crece, se yergue valiente y corre tras él como un "jabato". El animal pase una vez, dos veces, tres..., hasta que en la acepta, le ofrece insistentemente su capote, lo aco-
sa; pero, nada...; se cambia de tercio para que los banderilleros entren en funciones. El *mataor*, malhumorado y sudando la gota gorda, al par que mirando al público con un gesto de superioridad, coge la muleta y..., ahora viene lo grande, lo extraordinario, lo sorprendente. Como el morucho *se deja llegar*, el diestro llega y logra, "consintiendo" con el cuerpo al animal, que éste pase una y varias veces; pero, despacio, sin fuerzas, sin codicia, sin temperamento, sin bravura, sin ganas de molestar y con tendencia a la querencia de afuera. El maestro se estira, junta los pies, tran-

BARRERA, EL ILUSO...

quilo, sereno, valiente, y alza la muleta para que el animal pare una vez, dos veces, tres..., hasta que en la plaza hierve el entusiasmo..., el entusiasmo de los voceadores de marras. El *iluso*, también borracho de alegría, levanta la cabeza con aire de triunfador, como queriendo preguntar: ¿Es así como toreaba JOSE?... Y cual si la voz del público hubiérase fundido en un estentóreo y prolongado ¡¡¡Siiii!, el maestro tira el estoque aproximadamente sobre el morrillo de la res y..., a por las 12,000 pesetas. Seis mil, por lo menos, para hacer frente a los muchos gastos de "administración", tales como los de Prensa; los que originan el "personal" de los equipos; lo que supone el importe de las localidades previamente repartidas; el soborno de los asesores de la corrida para que, cuando el público proteste de un toro pequeño, hagan la *vista* "gorda" y no ordenen su substitución, amén de otros gastos, insignificantes, pero que no son posible desatender, para sostener su falsa posición.

El "ídolo" se cae

La mortaja de Vi- : cente Barrera :

Pero, a pesar de todo esto, es extraño que el muchacho tenga que encerrarse en plazas de segunda, tercera y última categoría, y no pueda hacerlo en la de Madrid, que, pese al criterio de muchos, es la Plaza que da el VISTO BUENO a todos los toreros que poseen verdaderos méritos. Todos los grandes maestros han toreado allí más que en ningún otro sitio, y a éste le espanta; le aterra el solo nombre de esa Plaza. También es extraño que no haya ido a Sevilla proclamándose un JOSELITO. Sí, es raro; pero tono tiene su explicación. ¡Con el buen humor de los sevillanos, se-

BARRERA, EL ILUSO...

ría epopéyica la salida del falso JOSE de la capital andaluza, donde este año, a pesar de celebrarse infinidad de corridas de toros, lo han dejado fuera de combinación! ¡Si tendrán pupila!

Todo esto demuestra palpablemente y sin lugar a dudas, que Barrera no es, ni mucho menos, el ínol verdadero. Esto quiere decir, a mi entender, que el escarabajo se ha caído de la bola excrementicia que él mismo fabricó, gracias a su falta de olfato. Esto parece indicar que el traje de luces para ESTE BUEN MUCHACHO, es más bien una grotesca mortaja que lo llevará al otro mundo sin que en su espíritu, sin que en su alma, hayan cicatrizado las sangrantes heridas que abrieron sus delirios de grandeza, su vano orgullo.

Barrera y su juguete mecánico

Y ya que me he ocupado a grandes rasgos de la mediocridad de esta que quisieron hacer colosal figura los sempiternos incondicionales, los agiotistas y mixtificadores de la Verdad, al señalarle, encumbrarle y elevarle al Pináculo ilusorio en que ha vivido y vive, voy a reasumir, en un breve pero bien detallado bosquejo, lo que es para mí, que soy aficionado a TOROS y no becerros, este idolillo de barro. Y con respecto a la personalidad del mismo (despojándolo del oropel luminoso del atrayente traje de luces), también he de concretar lo que opino, y creo no estar errado en ambas apreciaciones: Barrera, como artista torero, ha sido y es,

el niño a quien miman con un juguetito mecánico de fabricación muy mediocre, el cual juguete era su constante preocupación, y al verlo en su poder, le da cuerda para que marche, extasiándose en la contemplación. Pero como la contextura del mecanismo es muy endeble, a las pocas veces de hacerlo andar se le desgastaron los engranes, andando mucho más pausadamente cada vez, acabando por pararse de repente, para sólo de tarde en tarde (o de tiempo en tiempo), hacer un pequeño avance, dado el desgaste del endeble mecanismo, hasta que, al fin, el deterioro es tal y la consistencia tan poca, que se para definitivamente, para no volver a andar, hasta que la máquina sea recompuesta de nuevo. Así podrá volver a funcionar, pero con paradas continuadas a causa de que, como desde que era nueva ya de por sí era mala, una vez reparada ha quedado, peor pudiendo a duras penas *ir tirando*, de poco en poco también.

¡Palabra de barón!

A Barrera le ha de ocurrir, y en tiempo muy inmediato, lo que a su juguete mecánico. Ahora ya se están casi terminando los dientes del engranaje, y en esta temporada habrá de hacer la urgente reparación; pero como ya de antemano la maquina ha sido bastante endeble y de muy poca consistencia, ahora, con la recomposición, podrá *ir tirando*; pero... nada más que *ir tirando*.

Una vez despojado del aparato giratorio el juguete que era su ilusión, al ver que no puede más que *medio marchar*, al contemplar otros juguetillos superiores al suyo, tratará de ver la manera de poder construir uno, si no igual, al menos parecido; y rabiará, y pateleará y se desvelará hasta conseguirlo.

Y, demos por hecho que llega a perfeccionarlo. Co-

mo la materia prima del juguete, la base, es la rueda volante, y esa es muy delicada, al menor tropezón en el engranaje, acaba el juguete por descomponerse y da lugar a que se desengañe de que no sabe completar la fabricación del mismo, optando por dejar la perfección a otros, dedicándose a distintos menesteres que a la *mecánica*.

Esto sin perjuicio de que, con el transcurso del tiempo, salgan otros juguetes bastante más perfeccionados.

Sí, Barrera; dejarás la mecánica, desengañado, y te dedicarás a otra cosa; por ejemplo, a la plantación de naranjos, en la que, según mis referencias, eres un *acha*. Aunque yo creo, según lo que te he visto, que cuando dejes el juguete por verte impotente para manejarlo, te debes dedicar al baile. Ahí sí; en el Arte de Terpsícore podrás ser un JOSELITO. ¡Palabra de barón!



¿ACOTACIONES?

PO 'LUIS CAPDEVILA

El distinguido escritor don Luis Capdevila, quería huir el bulto para las acotaciones, y en un sentido joco-serio envía las siguientes líneas acotadas, haciendo relación al prólogo

Amigo García Luna :

Me pide usted unas acotaciones al prólogo de su obrita.

Y me pone usted en un serio compromiso al pedirme tales acotaciones. Yo no puedo negárselas, pero tampoco sé complacerle. Con la mejor intención del mundo me ha metido usted en un mal paso.

Los dos tenemos, como es lógico, distintos puntos de vista. Usted cree que son necesarias las acotaciones. Yo las creo superfluas; es como si en el restaurant me sirviesen unos entremeses de entremeses o en el bar un aperitivo para el aperitivo.

Me parece suficiente el prólogo, la verdad. Lo he leído una y otra vez y no se me ocurre nada que añadirle. Usted, amigo García Luna, ha dicho en él todo lo que podía decirse. Y lo ha dicho muy bien, muy graciosamente. Tanto, que ni falta ni sobra palabra.

Pero como esto tal vez no le convenga, tengo otras

razones para no escribir las acotaciones que usted me pide.

Es posible que yo sepa escribir bien o mal, las acotaciones de una comedia. En una comedia creo necesarias y eficaces las acotaciones, por las que deben guiarse los actores. Las acotaciones de una comedia sirven para indicarle al actor Fulano o a la actriz Zutana: adelante usted hacia el proscenio... ponga la cara muy triste... mueva los trazos, etc.

En un libro, en cambio, ¿qué van a indicarle al lector? ¿Cómo tiene que leer? ¿Las horas en que es más provechosa la lectura? Creo improcedentes las acotaciones en todo libro que no sea una comedia. El lector, que es siempre el colmo de la inteligencia, puede tomarlo a mal y enfadarse.

No he agotado las razones para negarme, como sigo negándome, a escribir las dichas "acotaciones".

Usted emplea en el prólogo un tono de ligereza, de zumba, de amable chacota. Y yo no sé ponerme a tono con él. Yo, aunque la gente crea lo contrario, soy un hombre triste, serio, aburrido. Un hombre, en fin, que no puede ni sabe tomarse las cosas a broma; un hombre que no tiene gracia. La tiene usted, en cambio, y mucha, en el prólogo. No quiera usted, amigo García Luna, que empañe su gracia, con mi mal humor.

Además, en este libro para el que me ha pedido usted las "acotaciones", se particulariza. Y yo he sido siempre amigo de generalizar: para mí todos los actores son excelentes y geniales; todos los poetas exquisitos; todos los toreros, reyes del valor, etc. Comprendo que

esta manera de ver el mundo tiene sus quiebros, pero ¿que quiere usted? es una manera mía y por mí la aprecio, que no por buena.

Y, sobre todo, he aquí la razón suprema para no escribirle — con harto sentimiento mío —, las acotaciones que usted me pide.

A mí me gusta la fiesta de toros. Lo que no me gusta es, una vez fuera de la plaza, ocuparme de ella.

Es suyo affmo. amigo y admirador.

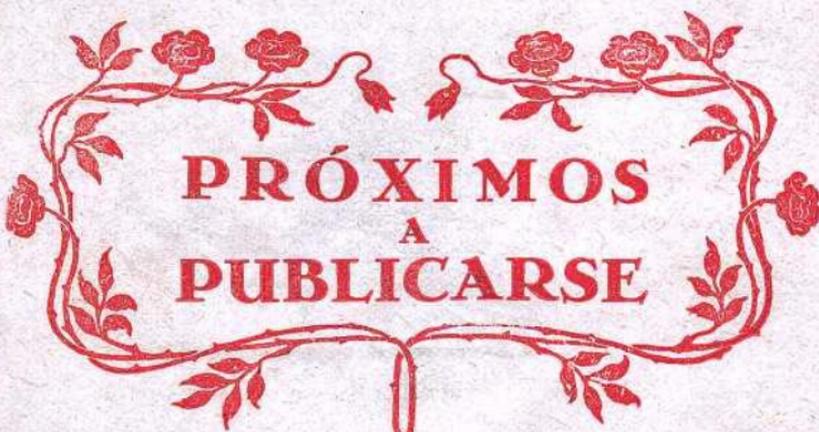
LUIS CAPDEVILA

INDICE

Prólogo	5
Por qué hice el Prólogo	8
El lector y yo	17
Sr. D. Vicente Barrera	19
Andalucía... emporio del Arte	21
Grandes figuras del Toreo	25
Tiempos que pasaron para no volver	28
Los heraldos a sueldo	33
Torres y Barrera, los eternos rivales, frente a frente.	35
El falso Mesías; el ídolo de cartón	39
¿Matador de Toros? No. Becerrista de alternativa, sí.	43
Oid, aficionados	45
¡Olé! los "valientes"	48
El "ídolo" se cae	51
Barrera y su juguete mecánico	53
¡Palabra de barón!	55
¿Acotaciones?	57



2 LIBROS INTERESANTES, 2



**PRÓXIMOS
A
PUBLICARSE**

Se halla en prensa y próximo a publicarse un interesante libro, que lleva por título

Un gran puntal

de la

**Fiesta Nacional:
D. Eduardo Pagés**

Por el genial escritor
Modesto G.^A Luna

Prólogo de

L. Martínez de Rivera

También está en preparación un libro sensacional e interesante, titulado

**Hacia la cumbre
del toreo**

JOSE PASTOR

Torero macho y artista

debido a la pluma de
El Barón de Yelag

Prólogo de

M. Serrano, "Azares"

